

Acción de Gracias Importado y Exportado

Hace muchos años, ofrecí ayuda sacramental regular a un grupo de cinco parroquias rurales en donde el vino de la Misa lo producía y donaba una vinatería local. Anteriormente, gracias al liderazgo del Hermano Cristiano Lasallista quien era su administrador, las cinco parroquias se fusionaron en una parroquia que mantuvo los cinco templos abiertos, pero con un nuevo nombre que reflejaba su aprecio por su querido hermano en Cristo: San Juan Bautista de La Salle.

Los parroquianos era generalmente personas de una profunda fe: a ellos les encantaba recibir a Jesús presente en la Eucaristía, y también estaban agradecido con Dios y con los sacerdotes y ministros que les ofrecían este precioso regalo. Ellos también estaban agradecidos con el generoso gesto de los dueños de la vinatería por ofrecerles una mezcla especial de vino que llevaba el nombre “La Salle” de su conjunto parroquial que se había transformado en un Cuerpo de Cristo.

Pero con el tiempo, muchas de las personas desarrollaron el gusto por el dulce vino tinto mismo, aún cuando sabían que se había transformado milagrosamente en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Ellos suplicaban a los dueños de la vinatería que pusiera el vino a la venta en la tiendas y mercados locales, lo cual hicieron. Muchas mesas de la región agraciaban su apariencia con una botella de vino La Salle – la cual, dependiendo de la preferencia y paladar de la persona respecto a vinos dulces o secos, era o muy bueno o no muy apetitoso.

La celebración de la Misa tiene muchos niveles de misterio y de significado. En el centro de esta, la palabra misma ‘Eucaristía’ significa ‘acción de gracias’, y hay muchas dimensiones diferentes de acción de gracia en juego: la acción de gracias de Jesús cuando bendice el pan y el cáliz en la Última Cena y los presenta a su Padre celestial como una ofrenda de amor. Aunque sabe que esto va a significar un terrible sufrimiento y la entrega de su vida misma, él está agradecido por la misión que el Padre le ha confiado. Y está también agradecido por los discípulos que han respondido a su llamado de seguirle y de unirse a su íntima compañía alrededor de la mesa que se convierte en altar – entonces y ahora. Como lo comentó el Papa Francisco en su reflexión sobre el deseo de Jesús de celebrar la Última Cena, en esa sagrada noche anticipa la celebración de todas las Eucaristía que se llevarán a cabo hasta el final de los tiempos. Él desea almas hambrientas y sedientas que le reconozcan y le reciban a él quien por sí mismo satisface los más profundos deseos de amor en nuestros corazones, de un sentido de pertenecer, por una razón para estar agradecidos sin importar las dificultades, caídas y sufrimiento que enfrentamos actualmente en nuestras propias vidas.

La Eucaristía revela a Dios quien nos conoce y nos provee con los medios más profundos, pero a la vez disponibles, para unirnos a Jesús en dar gracias a Dios. Damos gracias al Padre por darnos a su único Hijo, quien viene a salvarnos, en vez de venir a condenarnos, y que nos reconcilia y restaura en unidad unos con los otros – especialmente en una cultura que se aferra a un antagonismo polarizado y a la división. Damos gracias a Dios por nuestras propias

vidas, por nuestra fe y, si contamos con esa bendición, por el trabajo que hacemos con el sudor de nuestra frente, junto al uso de nuestras mentes y talentos creativos. Estamos agradecidos por nuestras vocaciones, que son respuestas personales al amor de Dios y los medios por los cuales nosotros también, entregamos nuestras vidas con la fidelidad que la gracia de Dios hace posible.

Una de las cosas que me encantan de la Misa (y la asistencia oportuna a la Adoración Eucarística) es que no debo ser completamente original y creativo en expresar las gracias que viven dentro de mí. Más aún, la celebración de la Misa nos permite “convertir” mis algunas veces actitudes poco agradecidas en un encuentro entre Dios y yo mismo que son en sí una bendición. La presencia mutua, aún si la marca un gran dolor, deseos terrenales de justicia no correspondidos, por la sanación de las personas que conozco, distracciones, oídos sordos o fatiga, es aún una forma válida de comunión entre Dios y sus amados hijos e hijas. Las palabras de la Santa Escritura y las oraciones rituales de la Misa son una biblioteca de amor, un tesoro de gestos y una “conversación de mesa” que nos da el gran sabor de la experiencia.

Diariamente, Dios nos permite negociar con una gama de preocupaciones y compromisos que nos presionan y torturan en veces, pero que inevitablemente producen más jugo de “Espíritu” y frutos que podemos cosechar solamente por nuestra propia iniciativa y esfuerzos. Nunca empezamos de cero: Dios ha anticipado ya todas nuestras necesidades y ha consagrado los diversos “asuntos” que ponemos frente a Él en el altar de la Iglesia y en el altar de nuestros corazones. Como el sacerdote que ora ya sea en silencio o en voz alta: “Bendito eres Señor, Dios del Universo, por este pan... por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre que recibimos de tu generosidad y que ahora te presentamos para que se convierta en bebida de salvación.”

Todos nosotros podemos ejercer nuestro sacerdocio bautismal y hacer nuestras las palabras del Salmista:

Haces brotar el pasto para el ganado
y las plantas que el hombre ha de cultivar,
para que de la tierra saque el pan
y el vino que alegra el corazón del hombre.
El aceite le dará brillo a su rostro
y el pan fortificará su corazón. (Salmo 104:14-15)

Los fieles de la Parroquia de La Salle en efecto querían “exportar” el vino de su Misa hacia sus hogares y a sus vidas en general. Sí, el enfoque de su atención y de sus gustos puede haber sido nublado por la línea entre lo sacramental y lo sensiblemente natural, lo místico y lo mundano. Sin embargo, no quiero criticarles, sino llamar a todos a hacer de nuestra experiencia de adoración Eucarística y nuestra consciencia sobre la gracia del acompañamiento de Dios durante toda nuestra vida diaria un asunto más natural. Desarrollamos nuestras “glándulas gustativas” para que muevan entre el dulce gozo de cuando las cosas salen bien, y la aceptación y confianza en los tiempos secos para que prevalezca la oración, el trabajo y la familia y amigos. Cultivemos el hábito de la gratitud y alabanza a Dios que fluye en ambos sentidos a través de las puertas de nuestras parroquias y nuestros hogares, nuestros pastizales y nuestros lugares de estudio y de trabajo.

Estamos inclinados a una mayor generosidad a nuestros conciudadanos quienes se encuentran en lamentables “desiertos alimenticios” que tanto prevalecen en nuestro país, porque reconocemos lo frecuentemente que otros han proveído los medios y cosas que hacemos propias, así como los dueños de la vinatería que donaban el vino de uva que Jesucristo transforma en sí

mismo. Nos convertimos en personas conocidas por el espíritu de Acción de Gracias que no solamente nos mueve a participar en la más religiosa de todas nuestras fiestas nacionales el cuarto jueves de noviembre; nos lleva a comunidades de presencia mutua y de entrega movidos por la alabanza y el trabajo, para celebrar y sacrificar, porque tenemos un Dios que gusta de dar gracias por nosotros y con nosotros, día tras día, hasta el fin de los tiempos.